

de Eroles, Mosen Anton, y otros que habian sido arrojados ántes por Mina á territorio francés, y ahora volvian pertrechados y repuestos, alentóse naturalmente el espíritu de los realistas catalanes, y crecieron las dificultades para Mina y los jefas del ejército constitucional. De contado el gobernador y guarnicion de Gerona tuvieron que abandonar la plaza por creerla insostenible contra las fuerzas que iban sobre ella (24 de abril); así como se habia mandado retirar la guarnicion de Rosas, y hubo necesidad de trasladar á otra parte la compañía de artillería que habia en Figueras.

Poblaciones importantes iban cayendo en poder de los franceses y de los partidarios del país que tan reforzados venian ahora de Francia. Conocedores éstos del terreno y con tan buenos ó mejores espías que pudieran tener los constitucionales, eran unos utilísimos auxiliares de los extranjeros. Mina, Milans, Llovera y demás caudillos de las tropas liberales, amenazados por todas partes de fuerzas superiores, con las cuales fuera tenacidad esponerse á sostener sérias y formales batallas, suplían la inferioridad numérica con la continúa movilidad, con las incesantes y ligeras evoluciones, marchas y contramarchas, buscando alguna ocasion de sorprender al enemigo y evitando todo descuido de que éste pudiera aprovecharse. Así es que pasaban dias y dias sin otro resultado que pequeños y muy parciales reencuentros, de

éxito vario para unos y para otros, pero sin que el francés alcanzase ventaja de consideracion, cuando tan fáciles triunfos se prometia.

Una proclama del vizconde Donnadieu, comandante de la décima division del ejército francés, y furibundo realista, y otra de la Junta central provisional que él mandó establecer, ambas fechadas en Vich (6 y 10 de mayo), irritaron de tál modo á Mina, que por su parte publicó otra desde el campamento de Sellent (15 de mayo), con los dos únicos y terribles artículos siguientes:—«1.º Todo el que por hacer »parte de la junta, ayuntamiento ó cualquier otro género de corporacion opuesta al actual sistema de »gobierno, ó por alistarse á tomar las armas, conspirase contra la Constitucion política de la monarquía española, que es lo mismo que conspirar contra la religion católica apostólica romana, contra la legitimidad y perpetuidad del reinado del señor don »Fernando VII. y aun contra su voluntad espresa, será fusilado irremisiblemente en el momento que sea »habido:—2.º Todo pueblo en que se toque á rebato »ó somatén contra las tropas ó individuos constitucionales, será tambien incendiado hasta reducirlo á cenizas, ó derruido hasta que no quede piedra sobre »piedra; y las autoridades de toda especie me responderán además personalmente.—Imprímase, publíquese, y circúlese sin detencion para que llegue á »noticia de todos.»

Así iba marchando la guerra en Cataluña, sin combate alguno de consideracion. Mina, que ignoraba lo que pasaba en el resto de España y que tenía la mas alta idea de la decision, de la pericia y de las prendas militares de La-Bisbal, de Ballesteros y de Morillo, jefes de los otros tres ejércitos de operaciones, y que confiaba en que por lo menos alguno de ellos mejoraría su crítica situacion llamando la atención del enemigo hácia otra parte, supo con verdadera pena, sin acertar á explicar el suceso, que los franceses estaban apoderados del alto Aragon, cuya noticia recibió como una verdadera desgracia, y como síntoma de otras. No tardó en efecto en experimentar otro contratiempo. En una operacion que dispuso con intento de sorprender la guarnicion de Vich, y á causa de un retraso en su columna ocasionado por la lobreguez de la noche, no solo no logró la sorpresa, sino que habiéndose empeñado varias refriegas á las inmediaciones de la ciudad, en una de ellas cayó mortalmente herido el general su jefe de estado mayor Zorraquin (26 de mayo), costando no poco trabajo y gran riesgo retirar su cuerpo del sitio peligroso en que yacia tendido. Al dia siguiente sucumbió de la herida aquel benemérito guerrero, nombrado, como hemos visto, ministro de la Guerra del gobierno constitucional, el amigo de más intimidad y de mejor consejo de Mina, que lloró su muerte, como la lloró todo el ejército, que admiraba su valor y

la superioridad de sus conocimientos militares (1).

Grandes fatigas, privaciones y trabajos padecieron despues de este contratiempo así el general Mina como la division que consigo llevaba, especialmente en la primera quincena del mes de junio. Resuelto á hacer una invasion en la Cerdaña francesa, como el gobierno deseaba, y como ántes en otras ocasiones se habia ejecutado, aunque sin esperanzas por su parte de mover á los liberales franceses, como muchos haciéndose ilusion creian, llegó en medio de peligros y dificultades al pueblo de Palau, en territorio francés, donde formó su campamento. A media hora de distancia y al pueblo de Mallover llegó tambien aquella tarde la division de Gurrea. Mas no habiendo surtido efecto en el país esta incursion, levantaron su campo ambas columnas, y marcharon á reunirse en su retroceso en las alturas frente á Puigcerdá. Aquí comenzaron á verse acosados de enemigos, teniendo que marchar por toda la cordillera del Pirineo. Donde quiera que intentaban descender, tropezaban con doble fuerza preparada á combatirlos; todos los pasos encontraban cortados: no hallaban otro terreno por donde poder marchar que las crestas de la sier-

(1) «Fué un ¡ay! triste, general, el que se oyó de todos los que percibieron la noticia (dice Mina en sus Memorias), porque no habia en el ejército un solo individuo que no admirase en él reunidas las prendas todas que ennoblecen al hombre en la sociedad, y sobre todo las partes completas de un soldado, de quien la patria debia esperar mucho en su angustiada posicion, y en cualquiera otra. Maldije mil veces á los infames invasores que me habian privado de tan buen compañero!»

ra, por donde seguían extenuados de fatiga y de necesidad. «Solo el empeño, dice Mina en sus Memorias, de no caer en manos de nuestros verdugos pudo dar aliento y sufrimiento para soportar tanta fatiga y penalidad.»

Un temporal deshecho y furioso de granizo, nieve y ventisca que se levantó en la mañana del 14 (junio), vino á aumentar el conflicto de los que vagaban sin vereda ni camino por aquellas asperezas. Desorientados todos, Mina dió orden de retroceder por la huella misma que la division habia abierto; mas á los pocos pasos ya no se conocía huella, habiéndola cubierto la arremolinada nieve. Hombres y caballos tropezaban en peñascos y caían en derrumbaderos. El mismo Mina, queriendo salvar á un soldado que se despeñaba, cayó sobre una roca, lastimándose una pierna y dándose tal golpe en el pecho que arrojó alguna sangre por la boca. Por fortuna con mil trabajos pudieron llegar al convento de Nuria, donde descansaron dos horas. Trepando después por el puerto de Fenestrelles, único que les quedaba libre, al frente de Mont-Luis, atravesaron la Cerdaña francesa. Para ganar luego la cordillera de Carol, tuvieron que formar escalones, é ir sosteniendo el fuego contra el enemigo. Fatigosamente subieron el monte de Maranches; á la bajada se vieron flanqueados de columnas enemigas que los acosaban de cerca. Mina apenas podia andar de las caídas y los golpes; la venida de la noche

les favoreció en esta ocasion: á favor de ella, y haciendo un esfuerzo sobrehumano, pudieron llegar á Urgél, unos tras otros, en compañías, en pelotones, dispersos, y estropeados todos (1).

Súpose allí con mucha pesadumbre que Gurrea y su division, que marchaban delante en aquella horrible noche de la borrasca, cegados por el viento y la nieve, habian descendido del puerto más de lo que debieran, y habiéndose encontrado después hácia la altura del frente de Puigcerdá con una division de seis ú ocho mil enemigos, acometido por todas partes, habia caído prisionero de los franceses con cerca de quinientos hombres, entre ellos el secretario particular de Mina, que llevaba consigo muchos documentos oficiales.

Dos solos dias pudo descansar Mina en Urgél, atendiendo en lo posible á su curacion. Las circunstancias no le permitieron más reposo. Moviése pues de nuevo, aunque con mucha molestia, y en la tarde del 23 de junio llegó á Tarragona, donde encontró al coronel don Evaristo San Miguel, que como saben nuestros lectores, acababa de ser ministro de Estado, y habia querido volver á emplear como militar su espa-

(1) «No es mi pluma, escribia Mina, capáz de pintar los padecimientos de todas clases que experimentamos en esta retirada, los peligros que arrojó aquella incomparable columna, y la constancia de todos los individuos que la componian, y menos los elogios que le eran debidos. Victorias muy granadas ha habido, y yo mismo he ganado, que no merecian tantos laureos como esta hazaña militar, de que yo conozco pocas iguales en su clase, reunidas todas las circunstancias que mediaban.»

da en defensa de la Constitución. Mina le nombró interinamente jefe del estado mayor de su ejército, cuyo cargo desempeñaba provisionalmente don Pedro Alonso después de la muerte de Zorraquin. Moviéronse todos desde allí en dirección de Barcelona; acampó la división en Sans, media hora de la ciudad, y desde aquel pueblecito dirigió Mina una enérgica representación al gobierno (30 de junio), manifestándole con tanto sentimiento como franqueza, que si inmediatamente no le enviaba refuerzos de tropa, no podía responder de la salvación de Cataluña, lo cual podía traer la ruina de la patria.

Pero cruzóse esta comunicación con la que á su vez el ministro de la Guerra le dirigía á él desde Cádiz (28 de junio), dándole instrucciones, autorizándole para aumentar su ejército, exigir de las diputaciones auxilios de dinero, equipos y subsistencias, y hacer escursiones á las provincias de Aragón y Castellón de la Plana. Por estas comunicaciones comprendieron recíprocamente y casi á un tiempo el gobierno de Cádiz y el capitán general de Cataluña que su situación respectiva era igualmente, ó poco más ó menos, aflicta y apurada, y que uno y otro se verían pronto reducidos á hacer los últimos y desesperados esfuerzos.

Mientras duró la penosísima y desastrosa expedición de Mina por el Pirineo, ignoraba las operaciones y la suerte de las demás divisiones de su ejército. Dirigidas éstas por Milans y Llovera, habían seguido,

como ántes, en continua movilidad, ya hácia la costa hasta Mataró, ya más al interior, pero no desviándose nunca mucho de Barcelona, donde apelaban siempre en demanda de recursos y de columnas auxiliares, que la diputación provincial, y el gobernador general Roten, les facilitaban en todo lo que podían. Con este sistema, y limitados á parciales reencuentros, porque á más no alcanzaban sus fuerzas, si no obtuvieron ventajas, tampoco sufrieron descalabros, que en tales circunstancias no fué escaso mérito. En los últimos días de junio reconcentráronse unos y otros en derredor del cuartel general de Mina en las cercanías y casi á las puertas de Barcelona.

Con tal motivo desde principios de julio pudieron ya concertarse las operaciones y maniobrar la mayor parte de las fuerzas bajo la dirección del general en jefe, y así comenzaron á hacerlo, marchando sucesivamente la tercera y la primera división á situarse en Molins de Rey y Orta: si bien hubo la desgracia de que en aquellos primeros días se agraváran de tal modo las dolencias de Mina, resultado de los golpes y padecimientos de las anteriores jornadas, que hubo que conducirlo en una camilla y en hombros de soldados á Barcelona, donde habiéndose puesto en formal curación consiguió algún alivio. El 6 (julio) se celebró una junta de jefes en Villarana, á que asistieron el general Manso, Llovera, Miranda, el jefe de Estado mayor de la división de Milans, por hallarse éste in-

dispuesto, y el del Estado mayor del ejército San Miguel, para acordar medidas en vista de la aproximación del enemigo. Aprobadas que fueron por Mina, emprendieron unos y otros con arreglo á ellas sus movimientos, movimientos en que ni nos incumbe ni nos seria fácil seguirlos. Dirémos, sí, en conjunto, que apenas pasaba día sin que las tropas constitucionales ó se vieran amenazadas ó se tropezáran con columnas enemigas, algunas de seis y aun de ocho mil hombres, ya franceses, ya de las facciones del país, con las cuales sostuvieron frecuentes y honrosos combates. Mas si bien no pudieron impedir que el ejército francés se acercára y casi circunvalára á Barcelona, harto hicieron en sostenerse todavía todo aquel mes sin grave pérdida. La escasez de recursos era grande: Mina, no obstante el delicado estado de su salud, atendia solícitamente á todo, y merced á sus reiteradas gestiones con el gobierno, consolóse mucho con la noticia de que éste le enviaba, haciendo tambien por su parte un sacrificio, millon y medio de reales en efectivo, trigo y harinas por valor de medio millon, y varios efectos de equipo, lo que le proporcionaba al menos algun desahogo para las infinitas atenciones que sobre él pesaban, careciendo casi absolutamente de recursos á que apelar ya dentro del país.

Habia tambien en Cataluña, como en Galicia, una llamada *Legion liberal extranjera*, que este título mandaron las Cortes que se diese á estos pequeños cuer-

pos compuestos de emigrados extranjeros, principalmente italianos y franceses, que obligados á abandonar su patria á consecuencia de las reacciones políticas, vinieron á España á tomar las armas en favor de la libertad. Sobre no poder por su corto número hacer grandes servicios á la causa, al organizarse esta legion en Cataluña suscitáronse entre ellos pretensiones, discordias é intrigas, aspirando cada cuál á mayor graduacion que los otros, y dando no poco que hacer con quejas y reclamaciones diarias á los encargados de su clasificacion (1).—Tambien se formaron otros cuerpos volantes con los nombres de *Cazadores de Mina*, *Cazadores de la Constitucion*, compuestos de gente muy animada y resuelta; y aun alguna otra partida de guerrilla, que hubo que disolver, porque más que en combatir á los enemigos se ocupaba en molestar con exigencias y atropellos á los pueblos.

En este estado comenzó á experimentar Mina grandes sinsabores y disgustos, con la defeccion de algunos de los jefes en quienes tenia más confianza, y que habian de acelerar la ruina de la ya harto combatida causa constitucional. El mariscal Moncey, duque de Conegliano, se habia dirigido al general Manso (28 de julio), jefe de la segunda division y gobernador y comandante general de Tarragona, esponiéndole los acontecimientos de Sevilla, y excitándole á

(1) Entre los franceses se habia Armand Carrel, redactor después de *El Nacional*.

que, imitando la conducta del general Morillo, reconociese la Regencia de Madrid, y concurriese con su ejército á dar al país la paz y tranquilidad que tanto necesitaba. Contestó Manso al mariscal francés (31 de julio), rechazando noble y resueltamente su proposición, como ofensiva á su lealtad militar y al juramento que á la Constitución, de orden del mismo rey, tenía prestado. Mas á pesar de esta respuesta (que Mina dudó si había sido auténtica ó fraguada después), á los tres días de ella vióse con asombro al general Manso solicitar del general francés desde Torredembarra (3 de agosto) una suspensión de hostilidades, en tanto, decía, que regresaban de Cádiz los comisionados que iba á mandar pidiendo se declarara llegado el caso de modificar la Constitución, que el pueblo, tal como estaba, rechazaba y aborrecía. Acompañaronle en esta resolución el batallón de Hostalrich, el escuadrón del Príncipe y varios jefes y oficiales del de Málaga. Aseguró haber escrito el 4 á Mina, dándole cuenta de esta resolución y esponiéndole las causas que á ella le habían impulsado; pero Mina afirmó siempre no haber llegado á sus manos semejante comunicación, inclinándose á creer que no había existido.

Lo que no tiene duda es que Manso se dirigió á todas las autoridades militares y civiles de Tarragona, manifestándoles su resolución, espresando su deseo de que se declararan trascurridos los ocho años pres-

critos por el código constitucional para proceder á su reforma, é invitando á todos á que siguieran su ejemplo. El gobernador Perena reunió en junta todas las autoridades y corporaciones, diputación provincial, ayuntamiento, intendente, gobernador eclesiástico, capitán del puerto, jefes de todos los cuerpos militares, y de estado mayor y de plaza, para deliberar sobre el contenido del oficio de Manso y contestación que debería dársele. Anticipóse á todos el batallón de infantería 1.º de línea, levantando un acta solemne (5 de agosto), á la cual se adhirieron los demás cuerpos de la guarnición, desaprobando las proposiciones de Manso como denigrativas á su honor y contrarias á sus juramentos; no reconociendo sino lo que la nación legítimamente representada determinase, ni obediendo otras órdenes que las del general en jefe don Francisco Espoz y Mina, á quien se haría presente la sorpresa é indignación con que se había recibido el degradante oficio de Manso, que por vía de precaución se prohibiera la entrada en la plaza á los cuerpos que á aquél habían seguido, y que se enviase á éstos un oficial de confianza para sacarlos del error en que pudieran estar.

Contestó el ayuntamiento al general Manso, manifestando ser ajenos á la corporación los asuntos de que se hablaba en su oficio, pero que de todos modos estaba resuelto á no permitir que entrara en la población ni fuerza ni autoridad alguna que no dependiera

de S. M. el rey constitucional de España y su legítimo gobierno. Esta contestacion le sirvió de voto, que hizo constar en el acta, y á él se adhirieron el gobernador eclesiástico é intendente, cerrando el acta la diputacion con estas palabras: «Convencida la diputacion de que no existen facultades en el general Manso, desde luego no se conforma con las medidas que ha tomado, ni cooperará á que tengan efecto en cuanto penda de sus facultades; siendo tambien su dictámen, que se haga consulta al Excmo. señor general en jefe para que dicte providencias en este complicado negocio.» Y todo esto le fué enviado á Mina por conducto de su ayudante de campo don Casimiro Cañedo, que se hallaba á la sazón en Tarragona, juntamente con un oficio del comandante general de la provincia don Juan Antonio de Aldama, en que le espresaba su reprobacion á la conducta de Manso, así como el buen espíritu de que estaba animada la tropa, citándole batallones de los que estaban con aquel general y le habian abandonado y presentándose en Tarragona, diciendo que ellos no perjuraban.

Hé aquí cómo recibió Mina la noticia de la defecion de Manso. Oigámosle á él mismo: «Si alguna vez, dice, me he resentido de mis males y he llorado de rabia de no poder montar á caballo, fué en aquella ocasion. Arrebatada mi sangre á la cabeza con el conocimiento del suceso, acaso me hubiera precipitado si tengo posibilidad de presentarme á la ca-

»beza de las divisiones; y en la dificultad de ejecutar esto por la postracion en que me tenian mis dolencias, contesté el 9 á Aldama aprobando sus disposiciones, diciéndole que el hecho de Manso no estaba á mi alcance, por la confianza que me inspiraba, y que como su criminal conducta la ereia bastante ramificada, esperaba que con el lleno de facultades con que le autorizaba, procediera con el mayor rigor contra todo el que se hallase complicado, castigándolo cual lo exigian las circunstancias, etc.»

Manso, que ya se unió definitivamente al mariscal Moncey, no arrastró más gente tras sí, gracias á la decision y á la constancia de Milans, de Llovera, de San Miguel, Miranda, Cerezo y otros denodados caudillos constitucionales. Sin embargo, el hecho produjo un efecto funestísimo en el país, y fué de una trascendencia suma; porque Manso gozaba de una reputacion general en todo el Principado. Así fué que se conoció un cambio desfavorable á la causa liberal en el espíritu de los pueblos, y desánimo y tibieza, ya que no una completa variacion, en las familias mas comprometidas por ella. Bien lo conocia Mina, que estaba temiendo que cualquier dia estallase alguna otra insurreccion; y como él por otra parte se hallase bloqueado en Barcelona por treinta mil hombres en el campo y varios buques de guerra en el mar, acordó enviar á Cádiz al jefe político, general Butron, á hacer presente al gobierno el verdadero estado de las co-